

—¿Quieres tallarte, energúmeno? — exclamó la vieja señora, más inquieta por aquella nueva escena.

—No, no me callaré..... porque eso es demasiado villano, ¿entendéis? ¡Hace años que me estoy ahogando! ¿No era ya bastante haber gastado su dinero? ¿Era menester aún que la cortaseis el corazón en cuatro pedazos? ¡Oh! Yo sé..... ¡lo que sé! porque he visto urdir toda esta trama..... Y sabed que si el señor Lázaro no tiene tantos cálculos, tampoco vale más, y la daría también el golpe de muerte por egoísmo, sencillamente por no fastidiarse. ¡Miseria! ¡Hay gentes que han nacido para ser devoradas por otras!

Y blandía la palmatoria, cogiendo en seguida una cacerola, que roncaba como un tambor con la presión de la rodilla de limpieza con que la secaba.

La señora Chanteau había deliberado si echarla á la calle, mas logró dominarse y la preguntó fríamente:

—¿De manera que no quieres subir á hablarla? Pues lo hacía por ella, para evitarla disgustos.....

Verónica seguía callando, y acabó por gruñir:

—Subiré en seguida..... La razón es la razón..... porque jamás ha valido nada la terquedad.....

Lavóse las manos y se quitó el sucio delantal de cocina, y cuando se decidió á abrir la puerta del

pasillo para subir la escalera, resonó un doloroso quejido: eran los ayes del tío, incesantes, crueles, y la señora Chanteau que la seguía, como impresionada por súbita idea, dijo á media voz, con insistencia:

—Dile también que no puede abandonar así á su tío, en el estado en que se encuentra, ¿oyes?

—¡Oh! para eso—replicó Verónica—él se queja de firme. ¡Es verdad!

Y subió, mientras la señora, que había asomado la cabeza en el cuarto de su marido, se guardaba muy bien de cerrar la puerta.

Los alaridos resonaban por lo tanto en el hueco de la escalera, aumentados por la sonoridad de los pisos, y arriba encontró Verónica á Paulina en el momento de bajar con un lío de ropa blanca, y dispuesta á recoger lo demás en la mañana siguiente por medio del buen Malivoire.

Estaba serena, pálida todavía, con el corazón chorreando sangre; pero sin cólera alguna, fría.

—Ó ella, ó yo—respondió á todas las observaciones de Verónica, evitando nombrar á Luisa.

Cuando la doméstica llevó la respuesta á la señora Chanteau, ésta se encontraba precisamente en el cuarto de Luisa, quien se había puesto vestido de

viaje y se obstinaba en marchar inmediatamente, trémula, asustada con el más leve ruido de la puerta.

Entonces la señora Chanteau debió resignarse: envió un mandadero á Verchemont para pedir el carruaje del panadero, y decidió acompañar á la joven hasta dejarla en casa de su tía Leonía, que habitaba en Arromanches, y á quien se contaría una historia cualquiera, pretextando la violencia de la crisis de Chanteau, cuyos gritos eran efectivamente insoportables.

Después de la marcha de las dos mujeres, á quien Lázaro acomodó en el cochecillo, Verónica, desde el vestibulo, lanzó este grito con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡ Ya podéis bajar, señorita, que no hay nadie!

La casa parecía como desocupada: un silencio densísimo había caído en su ambiente, y la seguida lamentación del enfermo estallaba, sin embargo, más aguda.

Cuando Paulina llegaba al último peldaño de la escalera, Lázaro, que volvía de despedir á su madre y á Luisa, se encontró súbitamente delante de su prima, y todo su cuerpo era presa de temblor nervioso; detúvose un momento; quería sin duda acusarse, pedir perdón; mas le ahogaba el llanto, y su-

bió rápidamente á su cuarto sin poder decir una palabra.

Ella, con ojos enjutos y semblante grave, entró en el cuarto de su tío.

Chanteau, echado á través del lecho, extendía su brazo izquierdo y reclinaba la cabeza sobre el edredón, sin moverse; el desdichado no se había apercibido tal vez de la ausencia de la niña, y apretaba los ojos y abría enormemente la boca para gritar con más fuerza.....

Ni un solo rumor de la casa llegaba hasta él; su único esfuerzo consistía en lanzar sus alaridos hasta la postrera ráfaga de su aliento; poco á poco los prolongaba desesperadamente, hasta el punto de molestar á Minucha, que dormía tranquila sobre una butaca.

Cuando Paulina ocupó su asiento, el tío gritaba tan fuerte que la gata se levantó, erizando las orejas, mirando con fijeza á todas partes, con la indignación de un sabio á quien se turba en su dulce tranquilidad.

Si no había medio de dormir en paz en aquel sitio, ella prefería abandonarle, levantando rígida su cola.....